

Ciudad

CCS

SEMANARIO EN REVOLUCIÓN

VIERNES 4 DE SEPTIEMBRE 2020
/ NÚMERO 20

Cuentos para leer
en la calsol



Asunto de familia

Por aquella época se conocían los fotógrafos ambulantes que solían ser también barberos. Se decía que podían volar y tal vez por eso nadie los veía llegar a los lugares. Este era un hombrecito sonajoso, toda la ropa cubierta de santos y espejitos colgantes, que hacían un ruido menudo y alegre cuando caminaba. Parecía un caballo flaco, la cara de caballo y unos dientes largos y amarillos y la melena que parecía de almíbar, larga, amarillosa, tendida a la espalda.

Armó su cámara en el corredor y se pareció todavía más a un caballo cuando metió la cabeza y los hombros bajo el trapo negro. La caja se abría por un lado y adentro se veía un gusano negro lleno de arrugas. Yo, que era un muchacho, me retraté sentado en un cojín, hincado mejor dicho y con las manos juntas, rezando y mi mamá que era gorda y llenaba toda la poltrona, me ponía una mano en la cabeza y me miraba como si de veras fuera un santo. Creí que iba a salir como Guido de Fongaland, todo brillante, de porcelana blanca acabada de frotar, pero salí amarillo y dormido, los ojos vacíos como si fuera un albino. Papá salió con una mano en el pecho mirándonos a todos con asombro y a mi tía Gardita, que se llamaba Hildegardis, el vestido de pinticas negras se le destiñó por completo y también le salió harina en la cabeza. Por último a mi tío Juan lo obligaron a retratarse, lo pararon en la pared con su banda negra de viudo en el brazo derecho y lo retrataron. Al otro día por la mañana, cuando el fotógrafo paseaba por la plaza y todos los muchachos y los perros de la cuadra le andaban detrás, a mi tío le dio un síncope, se le rompió una bolsa de sangre en la cabeza y se murió. Cayó en el baño de un solo golpe, tieso como si la carne se le hubiera secado de golpe y el ruido que hizo fue tan grande que resonó en toda la casa. Mi tía Gardita, que estaba cosiendo los libros del Registro, porque era encuadernadora, salió dando gritos y diciendo que lo había visto caer de largo a largo, como si se hubiera desprendido del techo en medio de aquella mesa grande donde trabajaba.

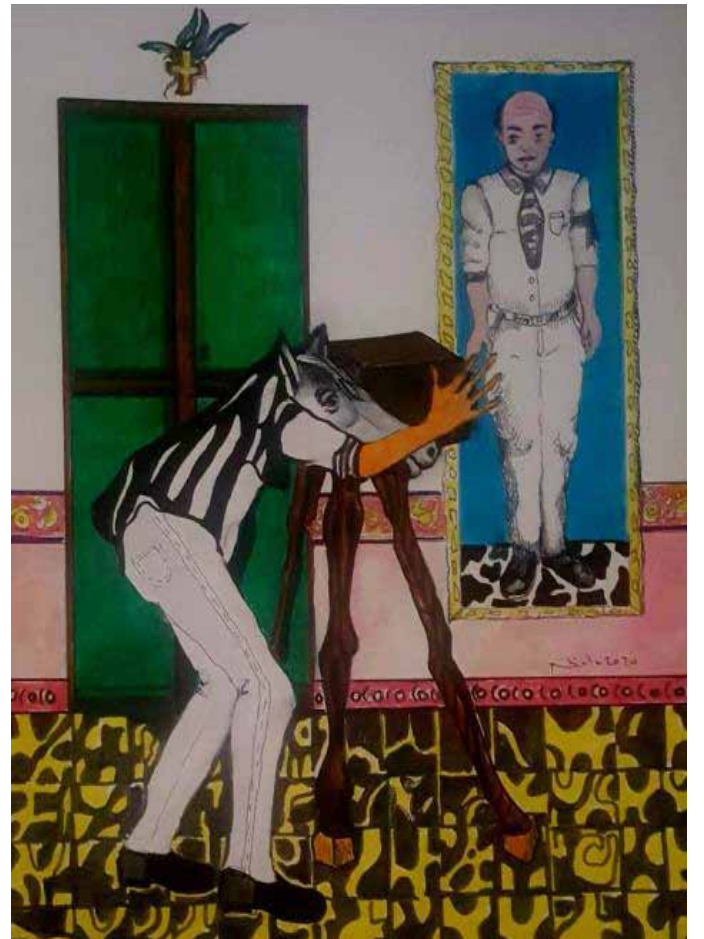
Lo enterraron. Al otro día llamaron al fotógrafo, que la noche anterior, mientras las personas rezaban en el corredor y yo estaba llorando en mi cuarto, montó los cascos delanteros en la ventana que daba al jardín y por allí asomó su cara de caballo, larga, llena de huesos. El fotógrafo se llevó el retrato de mi tío y como a la semana, cuando todavía los días eran largos y no se oían los pasos, regresó con una ampliación grande que colgaron de una vez en la sala. Era un retrato de cuerpo entero; mi tío era gordo, rosado y había perdido la mitad del pelo. Estaba parado, vestido de blanco y los brazos pegados al cuerpo como un soldado.

Aquel día, el fotógrafo me puso una mano en la cabeza y era tan pesada que la estuve sintiendo, fría, en el pelo durante muchos días. No lo vimos más.

Un día, mi tía Gardita -tenía las manos pegajosas de cola y la nariz llena de venas- dijo que el traje negro que llevaba mi tío en el retrato, lo mismo que el chaleco y los botines se los había puesto el día del matrimonio y que no los había usado nunca más. Ese traje estaba todavía en su cuarto, colgado detrás de la puerta: uno lo sacudía con miedo y de adentro salían cucarachas que corrían como ciegas por aquel paño negro y cubierto de polvo.

Con los meses, mi tío enflaqueció, además; la cara se le puso afilada y el pelo negro peinado a la pluma brillaba como aceite; vestía de dril oscuro y se le veían las manos largas y blancas. Mamá lo encontraba parecido a mi tío Roberto que murió muy joven; pero mi tío Roberto tenía la frente más despejada y

Salvador Garmendia



el cuello más largo.

Un día apareció a caballo, de botas y polainas y un sombrero de fieltro. Se veía muy alto, duro, parecido a una estatua. Estaba más gordo y la cara se le había redondeado: mamá decía que mirando muy bien, se podía ver, apenas, en ese humo desteñido del fondo, a mi papá montado también a caballo; pero esto no fue posible verificarlo, de modo que después de un tiempo se olvidó. Por esa época, se apareció mi tía Servilia y despertó la casa. Viendo a mi tío en un sillón con aquel cuello enorme donde latía una vena y aquel pecho inflado y unas manos pesadas, dijo que era una lástima que hubiera muerto tan joven.

Mi tía Servilia caminaba todo el día por la casa, afanada y sin parar de hablar. Hablaba de nada, contaba las cosas que iba haciendo y a veces se reía de lo que pensaba. Por debajo del camisón le salían unos hombrecitos alocados que corrían delante de ella removiendo sillas y materos y todo lo que podían encontrar. Todo era ruido en la casa y el día se iba volando. Entonces inventó cambiar todo de sitio, vaciar los cuartos, todo. Cuando rodamos los escaparates, salieron las lagartijas en volandas y todos zapateábamos. Quedaba una mancha de polvo y aparecían cosas que se habían perdido hacía siglos.

Cuando fueron a quitar el retrato de mi tío, un pedazo del encalado se desprendió y el retrato se vino al suelo. Corrí a mirar. Estaba el vidrio hecho pedazos, ennegrecido por el polvo y el marco desclavado en una esquina. Mamá y mi tía gritaban. El retrato estaba tan oscuro, lleno de peladuras y lamparones, que apenas era posible distinguir la figura. Se veía un poco la cara de mi tío, pero como hacía ya mucho tiempo de su muerte, yo no lo recordaba.

Mi tía Servilia dijo que no valía la pena hacer nada por recuperarlo, y me mandó a botarlo en el solar.

Fin

De Los Escondites (1972)

El tesoro

Los tres hermanos de Medranhos, Rui, Guanes y Rostabal, eran entonces, en todo el reino de Asturias, los hidalgos más hambrientos y los más remendados.

En los Pazos de Medranhos, a los que el viento de la sierra había llevado vidrios y tejas, pasaban ellos las tardes de ese invierno, encogidos en sus pellizas de camelote, golpeando las suelas rotas sobre las lajas de la cocina, delante de la vasta chimenea negra, en la que, desde hacía mucho tiempo, no estallaba lumbre ni hervía la cazuela de hierro. Al oscurecer, devoraban una corteza de pan negro untada con ajo. Después, sin candelera, a través del patio, hendiendo la nieve, iban a dormir a la caballeriza, para aprovechar el calor de las tres yeguas lazarosas que, famélicas como ellos, roían las vigas del pesebre. Y la miseria había vuelto a estos señores más bravíos que lobos.

Pero, en primavera, una silenciosa mañana de domingo, andando los tres por la mata de Roquelanes, espiando pisadas de caza y cogiendo setas entre los robles, mientras las tres yeguas pastaban la hierba fresca de abril, los hermanos de Medranhos encontraron, detrás de un matorral de espinos, en una cueva excavada en la roca, un viejo cofre de hierro. Como si lo resguardase una torre segura, había conservado sus tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapa, difícil de descifrar a través de la herrumbre, corría un dístico en letras árabes. Y dentro, hasta los bordes, ¡estaba lleno de doblones de oro!

Entre el terror y el esplendor de la emoción, los tres señores se quedaron más pálidos que cirios. Después, enterrando furiosamente las manos en el oro, reventaron a reír, con una risa de tal ímpetu que las hojas tiernas de los olmos, alrededor, temblaban... Y de nuevo retrocedieron, bruscamente se encaronaron, con los ojos llameantes, con una desconfianza tan desabrida que Guanes y Rostabal palpaban en sus cinturones los mangos de las grandes facas. Entonces, Rui, que era gordo y pelirrojo y el más despabilado, levantó los brazos, como un árbitro, y empezó por decidir que el tesoro, viniere de Dios o del demonio, pertenecía a los tres, y entre ellos se repartiría, escrupulosamente, pesándose el oro en balanzas. Pero, ¿cómo podrían cargar hasta Medranhos, en la cima de la sierra, aquel cofre tan lleno? Tampoco convenía que saliesen de la mata con su bien, antes de que cerrase la oscuridad. Por eso él entendía que el hermano Guanes, como más ligero, debía trotar hasta la villa vecina de Retortilho, llevando ya oro en la bolsilla, para comprar tres alforjas de cuero, tres maquilas de cebada, tres empanadas de carne y tres botellas de vino. Vino y carne eran para ellos, que no comían desde la víspera; la cebada era para las yeguas. Y, así repuestos, señores y cabalgaduras ensacarían el oro en las alforjas y subirían para Medranhos, bajo la seguridad de la noche sin luna.

¡Bien tramado! —gritó Rostabal, hombre más alto que un pino, con largas guedejas y una barba que le caía desde los ojos entreverados de sangre hasta la hebilla del cinturón. Pero Guanes no se separaba del cofre, arrugado, desconfiado, estirando entre los dedos la piel negra de su cuello de grulla. Por fin, brutalmente: ¡Hermanitos! El cofre tiene tres llaves... ¡Yo



quiero cerrar mi cerradura y llevar mi llave! —También yo quiero la mía, qué rayos! —rugió enseguida Rostabal.

Rui se sonrió. ¡Claro, claro! A cada dueño del oro le cabía una de las llaves que lo guardaban. Y cada uno en silencio, agachado ante el cofre, cerró su cerradura con fuerza. Inmediatamente, Guanes, despejado, saltó en la yegua, enfiló por la vereda de olmos, camino de Retortilho, lanzando a las ramas su cantiga acostumbrada y doliente:

¡Olé! ¡Olé!

Sale la cruz de la iglesia, vestida de negro luto...

II

En el claro, frente al matorral que encubría el tesoro (y que los tres habían desbastado a cuchilladas), un hilo de agua, brotando entre rocas, caía sobre una vasta laja excavada, en la que había como un estanque, claro y quieto, antes de filtrarse hacia los herbajes altos. Y al lado, en la sombra de un haya, yacía un viejo pilar de granito, tumbado y musgoso. Allí fueron a sentarse Rui y Rostabal, con sus tremeduos espadones entre las rodillas. Las dos yeguas mordisqueaban la buena hierba pintarrajeada de ranúnculos y amapolas. Por el enramado silbaba un mirlo. Un olor errante de violetas endulzaba el aire luminoso. Y Rostabal, mirando al Sol, boszeteaba con hambre.

Entonces, Rui, que se había quitado el sombrero y le atusaba las viejas plumas de color morado, empezó a considerar, con su habla discreta y mansa, que Guanes, esa mañana, no había querido bajar con ellos a la mata de Roquelanes. ¡Y así era la suerte ruin! ¡Porque si Guanes se hubiese quedado en Medranhos, tan solo ellos dos hubieran descubierto el cofre, y tan solo entre ellos dos se repartiría el oro! ¡Qué pena! Tanto más que la parte de Guanes sería en breve disipada con rufianes, a los dados, por las tabernas. ¡Ah, Rostabal, Rostabal! ¡Si Guanes, paseando por aquí él solito, hubiese encontrado este oro, no lo dividiría con nosotros, Rostabal! El otro refunfuñó sordamente y con furor, tirando de sus barbas negras:

¡No, qué rayos! Guanes es ambicioso... ¡Cuando el año pasado, si te acuerdas, le ganó los cien ducados al espadero de Fresno, ni siquiera me quiso prestar tres para comprarme un jubón nuevo!

¿Lo ves? —gritó Rui, resplandeciendo. Ambos se habían levantado del pilar de granito, como llevados por la misma idea, que los deslumbraba. Y, a través de sus largas pisadas, las hierbas altas silbaban.

¿Y para qué? —proseguía Rui—. ¿Para qué le sirve todo el oro que nos lleva? ¿Tú no lo oyes de noche, cómo tose? Alrededor de la paja en que duerme, todo el suelo está negro de la sangre que escupe. ¡No dura hasta las otras nieves,

“

En el claro, frente al matorral que encubría el tesoro (y que los tres habían desbastado a cuchilladas), un hilo de agua, brotando entre rocas”

laja excavada en tanque, arremangado, lavaba ruidosamente la cara y las barbas.

La yegua, quieta, empezó a pastar otra vez, cargada con las alforjas nuevas que Guanes había comprado en Retortilho. De la más ancha, abarrotada, surgían dos cuellos de botella. Entonces, Rui sacó, lentamente, del cinto su gran navaja. Sin un rumor en la hierba espesa, se deslizó hasta Rostabal, que resollaba, con sus largas barbas pingando. Y, serenamente, como si clavase una estaca en un macizo, enterró toda la hoja en el ancho dorso doblado, certera sobre el corazón.

Rostabal cayó sobre el estanque, sin un gemido, con el rostro en el agua, los largos cabellos flotando en el agua. Su vieja escarcela de cuero se había quedado presa bajo su muslo. Para sacar de dentro la tercera llave del cofre, Rui levantó el cuerpo, y una sangre más gruesa chorreó, escurrió por el borde del estanque, humeando.

III

¡Ahora eran suyas, solo suyas, las tres llaves del cofre!... Y Rui, estirando los brazos, respiró deliciosamente. Apenas cayese la noche, con el oro metido en las alforjas, guiando la fila de las yeguas por los caminos de la sierra, subiría a Medranhos y enterraría su tesoro en la bodega. Y cuando, allí en la fuente, y allá junto a los zarzales, solo quedasen, bajo las nieves de diciembre, algunos huesos sin nombre, él sería el magnífico señor de Medranhos, y en la capilla nueva del solar renacido mandaría decir ricas misas por sus dos hermanos muertos... ¿Mueertos cómo? Como deben morir los de Medranhos: ¡luchando contra el Turco!

Abrió las tres cerraduras, cogió un puñado de doblones y los hizo tintinear sobre las piedras. ¡Qué oro tan puro, de finos quilates! ¡Y era su oro! Después fue a comprobar la capacidad de las alforjas, y, encontrando las dos botellas de vino y un gordo capón asado, sintió un hambre atroz. Desde la víspera solo había comido una tajada de pescado seco. ¡Y cuánto tiempo sin probar un capón!

¡Con qué gusto se sentó en la hierba, con las piernas abiertas, y entre ellas el ave dorada, que olía a gloria, y el vino de color ámbar! ¡Ah! Guanes había sido buen mayordomo, ni siquiera se había olvidado de las aceitunas. ¿Pero por qué había traído, para tres comensales, solo dos botellas? Cortó un ala del capón: la devoraba a

grandes dentelladas. La tarde caía, pensativa y dulce, con pequeñas nubes de color rosa. Más allá, en la vereda, graznaba una bandada de cuervos. Las yeguas, hartas, dormitaban, con el hocico pendido. Y la fuente cantaba, lavando al muerto.

Rui elevó a la luz la botella de vino. Con aquel color viejo y caliente, no habría costado menos de tres maravedíes. Y, llevando el cuello a la boca, bebió con sorbos lentos, que hacían ondular su pescuezo peludo. ¡Oh vino bendito, que tan prontamente calentaba la sangre! Tiró la botella vacía, destapó otra. Pero, como era prudente, no bebió, porque la jornada a la sierra, como el tesoro, requería firmeza y acierto. Extendido sobre el codo, descansando, pensaba en Medranhos cubierto de teja nueva, en las altas llamas de la chimenea en noches de nieve, y en su lecho con brocados, en el que siempre tendría mujeres.

De repente, tomado de una ansiedad, tuvo prisa en cargar las alforjas. Entre los troncos, la sombra se hacía más densa. Acercó una de las yeguas junto al cofre, levantó la tapa, tomó un puñado de oro... Pero osciló, soltando los doblones, que tintinearían en el suelo, y llevó las dos manos angustiadas al pecho. ¿Qué ocurre, don Rui? ¡Rayos de Dios! Era un fuego, un fuego vivo, que se le había encendido dentro, subiéndole hasta la garganta. Ya se había rasgado el jubón, sus pasos eran inciertos, y, jadeante, con la lengua colgando, limpiaba las gruesas gotas de un sudor horrendo que lo dejaba helado como la nieve. ¡Oh, madre mía! ¡Otra vez el fuego, más fuerte, que lo lastraba, que lo roía! Gritó:

¡Socorro! ¡Alguien! ¡Guanes! ¡Rostabal!

Sus brazos torcidos golpeaban el aire desesperadamente. Y la llama, dentro, trepaba: sentía los huesos estallar como las vigas de una casa ardiendo.

Se tambaleó hasta la fuente para apagar aquella llamarada, tropezó sobre Rostabal, y con la rodilla apoyada en el muerto, arañando la roca, entre aullidos, buscaba el hilo de agua, que recibía sobre los ojos, sobre el cabello. Pero el agua lo quemaba más, como si fuese un metal derretido. Retrocedió, cayó encima del césped, que arrancaba a puñados y que mordía, mordiéndose los dedos, para chupar su frescura. Aún se levantó, con una baba densa escurriéndole por las barbas; y, de repente, desencajando pavorosamente los ojos, berreó como si comprendiese en fin la traición, todo el horror:

¡Es veneno!

¡Oh! Don Rui, el listo, jera veneno! Porque Guanes, tan pronto como había llegado a Retortilho, antes incluso de comprar las alforjas, a toda prisa, y cantando, se dirigió a una callejuela, por detrás de la catedral, para comprarle al viejo droguista judío el veneno que, mezclado con el vino, lo convertiría a él, y solamente a él, en dueño de todo el tesoro.

Anocheció. Dos cuervos, de entre la bandada que graznaba allá en los zarzales, ya se habían posado sobre el cuerpo de Guanes. La fuente, cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrado en la hierba negra, todo el rostro de Rui se había vuelto negro. Una estrechita centelleaba en el cielo.

El tesoro todavía se encuentra allí, en la mata de Roquelanes.

Fin

De O Tesouro (1894)

La enfermera

El enfermo exhaló una queja tristísima, revolviéndose en su cama trabajosamente, y la esposa, que reposaba en un sofá, en el gabinete contiguo a la alcoba, se incorporó de un salto y corrió solícita a donde la llamaba su deber.

El cuadro era interesante. Ella, con rastro de hermosura marchita por las vigiliadas de la larga asistencia; morena, de negros ojos, rodeados de un halo oscuro, abriantados por la excitación febril que la consumía -sosteniendo el cuerpo de él, ofreciéndole una cucharada de la poción que calmaba sus agudos dolores-. Escena de familia, revelación de afectos sagrados, de los que persisten cuando desaparecen el atractivo físico y la ilusión, cebo eterno de la naturaleza al mortal... Sin duda pensó él algo semejante a esto, que se le ocurriría a un espectador contemplando el grupo, y así que hubo absorbido la cucharada, buscó con su mano descarnada y temblorosa la de ella y, al encontrarla, la acercó a los labios, en un movimiento de conmovedora gratitud.

-¿Cómo te sientes ahora? -preguntó ella, arreglando las almohadas a suaves golpecitos.

-Mejor... Hace un instante, no podía más... ¿Cuándo crees tú que Dios se compadecerá de mí?

-No digas eso, Federico -murmuró, con ahínco, la enfermera.

-¡Bah! -insistió-. No te preocupes. Lo he oído con estos oídos. Te lo decía ayer el doctor, ahí a la puerta, cuando me creíais amodorrado. Con modorra se oye... Sí, me alegro. Juana mía. No me quites la única esperanza. Mientras más pronto se acabe este infierno... No, ¡perdón! Juana: me olvidaba de que a mi lado está un ángel... ¡Ah! ¡Pues si no fuera por ti!

Muy buena sería Juana, pero lo que es propiamente cara de ángel no la tenía. En su rostro se advertían, por el contrario, rasgos de cierta dureza, una crispación de las comisuras de los labios, algo sombrío en las precoces arrugas de la frente y, sobre todo, en la mirada. Federico se enterneció al considerar el estrago de aquella belleza de mujer destruida en la lucha con el horrible mal.

-Juana... -balbuceó-. Me siento ahora un poco tranquilo. Sin duda has forzado la dosis del calmante... No te sobresaltes. ¡Si te lo agradecería! Escucha... Voy a aprovechar esta hora; tengo que decirte... Prométeme que me escucharás sin alterarte, Juana...

-Federico, no hables; no te fatigues -respondió ella-. No pienses más que en tu salud. Los asuntos, para después, cuando sanes del todo.

-¡Después! -repitió, meditabundo, el enfermo; y su mirada vaga, turbia, se fijó en un punto imaginario del espacio; lejos, lejos..., camino del después misterioso hacia donde le arrastraba implacable su destino-. Ahora -insistió-. Ahora o nunca, Juana. No me hará daño, créelo. Estoy seguro de que, al contrario, me hará bien. ¡Si tú sospechas lo que pesa en el corazón un secreto! ¡Si supieses cómo abrumba eso de callar a todas horas!

-¿Un secreto? -contestó, como un eco, Juana, inmutándose.

-Por favor, querida..., no te alarmes ya, ni te alborotes luego, cuando te confiese... Prométeme que tendrás serenidad. Siéntate ahí; dame la mano. ¿No? ¡Como quieras!...



Emilia Pardo Bazón

-¿Ves? Te cansas; déjalo, Federico -porfió Juana, agitada por imperceptible temblor, como si luchase consigo misma.

-Oye... Nadie mejor que yo conoce lo que me perjudica. Estoy cierto de que hasta para morir más resignado necesito espontanearme, acusarme... Juana, ahora no somos más que un pobre enfermo y la santa que le asiste. El último consuelo te pido; sé indulgente, dime por anticipado que me perdonarás.

-¡Te perdono... y calla, Federico! -profirió ella, sordamente, en tono colérico, a pesar suyo.

Él, realizando sobrehumano esfuerzo, se sentó en la cama, echando fuera el busto, inclinándose hacia su mujer en un transporte cariñoso y humilde. Era de esos enfermos afinados por el dolor, que dicen y hacen cosas tiernas y desgarradoras y se afanan en excitar los sentimientos de los que los rodean. La emoción profunda de Juana le animó; cruzando las manos con fervorosa súplica, rompió a hablar:

-Me perdonas, me perdonas... Es que no sabes; es que crees que se trata de alguna falta leve. Fue grave; soy muy culpable, y me atormenta pensar que te estoy robando no solo el tiempo y el trabajo que te cuesta cuidarme, sino otra cosa que vale más... Después que lo sepas, ¿me querrás todavía? ¿No me abandonarás, dejándome que muera como un perro?

Juana se puso en pie de un brinco. El temblor nervioso de su cuerpo se acentuaba. Su voz era ronca, oscura, fúnebre, cuando dijo con aparente irónica frialdad:

-Ahórrate el trabajo de confesar. Estoy tan enterada casi como tú mismo.

El enfermo, sobrecogido, se dejó caer sobre la almohada. Sus pupilas se vidriaron sin humedecerse; era el llanto seco, por decirlo así, de los organismos agotados.

-¡Estabas enterada!

-Pues, ¿qué creías? -repuso ella, lívida, apretando los

dientes, apuñalándole con los ojos.

Federico se cubrió el rostro, aterrado. Acababa de desmoronarse dentro lo único que le sostenía. Creía en el amor de su enfermera; alentaba aún, gracias a tal convicción, y he aquí que las inflexiones de la voz, el gesto, la actitud de Juana acababan de arrebatárselo, de súbito, esa divina creencia. El odio se había transparentado en ellos tan sin rebozo, tan impetuoso en su revelación impensada, que la aguda sensación del peligro -del peligro latente, mal definido, acechador- suprimió en aquel instante la noción del remordimiento y atajó la confesión en la garganta.

-Juana -suspiró-, ven, oye... Mira que no hubo nada. ¡Lo que iba a contarte eran unas tonterías!...

Ella se acercó. En los carbonos por donde miraba brillaban ascuas: su ceño se fruncía trágicamente; las alas de su nariz palpitaban de furor. Nunca la había visto Federico así, y, sin embargo, era una expresión que se adaptaba bien al carácter de su fisonomía o, mejor dicho, patentizaba su fisonomía verdadera. El terror del enfermo paralizó hasta su lengua. Por instinto pueril, quiso ocultarse bajo la sábana.

-No te escondas -articuló ella, despreciativamente, pisoteándole con el acento-. Mira que si te veo tan miedoso, me re-i-ré de ti. ¿Comprendes? Me re-i-ré. ¡Y es lo único que le faltaba a mi venganza para consumarse! ¡Reír! ¡La risa! ¡Oh! ¡Cómo te aborrezco! Ya no callo más...

Federico la miraba extraviado, loco. ¿Tendría pesadilla? ¿Era ya la muerte, la fea muerte, la condenación, el castigo de ultratumba? ¿Era la forma que tomaba, para torturarlo, su conciencia de pecador?

-¡Juana! -tartamudeó-. ¿Estoy soñando? ¿Venganza? ¿Me aborreces?

Ella se aproximó más; acercó su boca a la cara de Federico, y como filtrándole las palabras al través de la piel, repitió:

-Te aborrezco. Me creíste oveja. Soy fiera, fiera; oveja, no. Me ofendiste, me vendiste, me ultrajaste, torturaste mi alma, me enloqueciste, me alimentaste con ajenjo y con hiel, ¡y ni aun te tomaste el trabajo de reconocer que mi juventud se marchitaba y se ajaba mi hermosura y se torcía mi alma, antes confiada y generosa! Y cuando te sentiste herido de muerte, de muerte, sí, y pronta; ¡lo has acertado!..., entonces me llamaste: «Juana, a servirme de enfermera... Juana, a darme la poción...»

-¡Y lo hiciste de un modo sublime, Juana! -sollozó él-. ¡Y fuiste una mártir a mi cabecera! ¡No lo niegues, querida mía! ¡Perdóname!

Juana soltó la carcajada. Era su reír un acceso nervioso; se asemejaba a una convulsión, que retorció sus fibras. -¡Sí que lo hice! -repitió por fin, dominándose con energía tremenda-. ¡Sí que lo hice! ¡Vaya si te di la poción! Cada día te di la poción... ¡qué más daño te hiciese! ¡Aquella, y no otra! ¡Ah! ¿No lo sospechabas? ¡Tú sí que has sido engañado! ¡Tú, sí! ¡Tú, sí!

Se oyeron toquitos en la puerta. La voz respetuosa de un criado anunció:

-El señor doctor.

Y entró el joven médico, guanteado, afeitado, afable, preguntando desde el umbral:

-¿Cómo sigue el enfermo? ¿Y la incomparable enfermera?

Fin

En Revista Blanco y Negro (1903)